


Lecturas patrióticas.

GLORIAS DE ESPAÑA

EL
Primer guerrillero

(Juan Martín el Empecinado)

Precio: 10 céntimos.



MADRID
VELÁZQUEZ, 56

Núm. 15.º



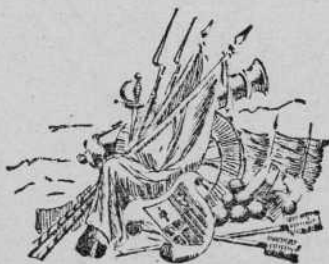
JT
COM

GLORIAS DE ESPAÑA

El primer guerrillero

(JUAN MARTÍN EL EMPECINADO)

NARRACIÓN HISTÓRICA



MADRID

Oficinas de «La Última Moda»

VELÁZQUEZ, 56

C.

+ 1133582

Es propiedad.—Reservados
los derechos artísticos y lite-
rarios.



I

Desde los más remotos tiempos hemos tenido guerrillas en España, y no creemos exajerado afirmar que al nacer el español nace guerrillero.

Viriato, Pelayo, el Cid, no fueron más que guerrilleros que con tropas irregulares lucharon por la independencia de España.

Ni los triunfos enloquecen á los guerrilleros, ni las derrotas los abaten. Cuando pierden una acción, exclaman: *¡No importa!* Y prosiguen en su empresa firmes, serenos y resueltos.

Según el canónigo Sr. Díaz Baeza, no hay provincia en España en que no cuenten las madres á sus hijos los hechos de armas de algún guerrillero pariente suyo.

Los guerrilleros del presente siglo, desde 1808 á 1814, fueron los campeones de la independencia patria: vencidos algunas veces, pero nunca domados, si por la mañana sufrían una derrota, por la tarde conseguían un triunfo.

El primero de los guerrilleros modernos, en el orden cronológico, fué el «Empecinado», cuya agitada y brillante historia vamos á referir.

Juan Martín nació en Castrillo de Duero el año 1775.

Fueron sus padres Juan Martín, natural de Fuentidueña, en la provincia de Segovia, y Luisa Díaz, de Castrillo de Duero, en la de Valladolid, labradores regularmente acomodados.

El sobrenombre de «Empecinado» lo debía Juan Martín á un arroyo ó *pecina* que hay en Castrillo de Duero; por el cual á todos los hijos del pueblo los llaman *empecinados*.

Nuestro héroe, no sólo aceptó con orgullo el apodo, sino que firmaba con él; y en 1814 se le permitió de Real orden que pudiera usarle en todos los documentos oficiales.

Travieso y resuelto como pocos, cuando apenas contaba catorce años obligó á pedradas á encerrarse en la casa del Ayuntamiento á los regidores, que habían dado orden de prenderle porque le encontraron vendimiando una viña, ó lo que es lo mismo: ejecutando una diablura de muchacho.

A los dieciocho años cayó soldado, y habiéndose negado tenazmente á que sus padres le librasen del servicio, porque tal sacrificio era la ruina de su familia, ingresó en el ejército é hizo valientemente toda la campaña del Rosellón contra los franceses.

Terminada la guerra, volvió á Burgos, donde se enamoró de Catalina de la Fuente, con quien casó, estableciéndose en Fuentecén, de donde era su esposa.

El «Empecinado,» como buen castellano viejo, era algo serio, taciturno y reflexivo; pero al mismo tiempo sencillo, ingénuo y de un corazón tan noble y generoso, que en varias ocasiones su bondad estuvo á punto de perderle.

Indignado, como buen español, de la taimada conducta de los franceses, en Abril de 1808 se lanzó al campo en compañía de Juan García, joven de diez y seis años, natural de la villa de Cuevas, á una legua de Castrillo de Duero, y de

otro convecino; dispuestos los tres á pelear por la independencia de la patria.

Desde luego eligió los términos de los pueblos de Fuente-nebro, Caranvias, Castrillejo, Onrubia, Gumiel é inmediaciones de Aranda de Duero, para campo de sus operaciones; y con las escasas fuerzas que pudo reunir, detuvo correos, interceptó convoyes, prendió á soldados franceses rezagados, aprovechando las ocasiones propicias para causar todo género de daño al enemigo.

Con su guerrilla, que en breve fué numerosa, tomó parte en el combate de Cabezón, sosteniendo la retirada; y después peleó como un héroe en la desgraciada batalla de Río-seco, mandada por el general Cuesta.

Juan Martín, de no muy elevada talla, de anchas espaldas, de constitución hercúlea, de atezado color, mirada expresiva, desaliñado en el vestir y poco amigo de palabras inútiles, fué en breve el ídolo de los campesinos de su provincia.

II

En el mes de Agosto de 1808 apresó á una dama francesa emparentada con el general Moncey, que viajaba con doce hombres de escolta, y se apoderó del rico botín que llevaba en su coche, trasladándola á su pueblo y hospedándola en su propia casa.

Después de algunos días de descanso, volvió á entrar en campaña, acompañado de sus tres hermanos Manuel, Dámaso y Antonio, el último de quince años escasos; y uno de sus primeros actos fué apoderarse él sólo, en las cercanías del pueblo de Fresnedillo, de dos oficiales de Estado Mayor que caminaban doscientos pasos delante de una columna.

Auxilió al célebre cura Merino en la toma de Roa; y como recompensa, por los pliegos que con peligro de su

vida, llevó á Salamanca al general inglés Moor, que había venido á España á pelear contra Napoleón, le entregó éste mil duros que el guerrillero empleó en adquirir caballos y monturas para sus compañeros de glorias y fatigas.

Tornó á su país y en el mes de Diciembre alcanzó en Fuentidueña á cuarenta dragones que habían salido en busca de víveres, y los pasó á cuchillo al mismo tiempo que obligaba á la guarnición francesa de aquella villa á permanecer guarecida detrás de sus muros.

A pesar de las infinitas columnas que le perseguían, ni era alcanzado, ni su actividad cesaba, ni dejaba de hacer todo el daño que podía á los invasores.

Con su guerrilla, que por entonces ya constaba de 120 ginetes, se internó en la provincia de Segovia, apoderándose de dos cargas de plata que habían robado los imperiales, y que al pronto mandó enterrar, entregándolas después al intendente de Guadalajara cuando pasó á aquella comarca.

En muy pocos días quitó á los franceses cien caballos, y les hizo 300 bajas entre heridos y muertos figurando en el número de los últimos el general Chi, ayudante del rey intruso José Bonaparte.

En los meses de Enero y Febrero de 1809 recorrió el «Empecinado» los partidos de Aranda de Duero, Sepúlveda, Pedraza y Santa María de Nieva, siempre incansable y siempre victorioso.

Los imperiales, al ver que las fuerzas enviadas en su persecución, á pesar de ser tan numerosas, no podían darle alcance, se apoderaron de su indefensa madre para ver si de este modo obtenían su sumisión. ¡Acción villana, que sólo podían ejecutar los fusiladores de indefensas mujeres en el memorable 2 de Mayo!

Pero ignoraban con quién tenían que combatir.

El «Empecinado» había hecho muchos prisioneros, y al tener noticia de que su muy querida madre había sido apresada y conservada en rehenes, mandó á decir al general

que había cometido aquella inicua acción, que si no era puesta en libertad inmediatamente, fusilaría á cien franceses de los que tenía en su poder, y que seguiría fusilando de ciento en ciento á cuantos prisioneros hiciera.



PRISIÓN DE LA MADRE DEL EMPECINADO

Convencido el general francés de que Juan Martín cumpliría su promesa, dejó en libertad á la buena señora y prosiguió con mayor empeño la persecución del indomable guerrillero.

Sitiada la ciudad de Béjar, recibió el «Empecinado» el encargo de socorrerla, y al sólo anuncio de su proximidad levantaron el cerco los imperiales.

Habiendo llegado á noticias de la Junta central que gobernaba á España, las victoriosas hazañas de Juan Martín fué nombrado por ella capitán de ejército.

En el mes de Julio, maniobrando con su guerrilla á retaguardia del mariscal Sault, cuando éste se dirigía á Talavera, aprisionó muchos soldados rezagados, mantuvo las comunicaciones entre los ejércitos español é inglés, dió aviso á nuestros generales de la marcha y movimientos del enemigo, sublevó al paisanaje en la sierra de Francia, y cortó la comunicación de los franceses con sus compatriotas de Extremadura y Portugal.

«Los movimientos de el «Empecinado»—dice un ilustre historiador militar—fueron tan hábiles y su acción tan eficaz, que nadie al observarlos hubiera dicho que eran ejecutados por un ignorante y rudo campesino.»

Indudablemente el labriego se había transformado en un completo militar, y del antiguo labrador iba á salir el moderno general.

Sabedor de que en Salamanca no había quedado más que un destacamento francés, penetró en la ciudad por sorpresa y le hizo prisionero.

Una columna de 300 dragones quiso arrebatarle su presa; pero Juan Martín salió á esperarla al Rollo con sus 140 jinetes, empeñando una acción reñidísima, que terminó con la fuga de los franceses, que dejaron 50 muertos en el campo.

Al cumplir la orden que había recibido de hostilizar á los imperiales en las carreteras de Valladolid, Segovia y Aranda, tuvo un encuentro en Pedrosa del Rey con 200 gendarmes, matando á todas los que no se rindieron. En este combate luchó el «Empecinado» cuerpo á cuerpo con el comandante francés, quien de una estocada le atravesó el

brazo izquierdo. Enfurecido Juan Martín, se arrojó sobre él, le desmontó, y no teniendo armas por habersele roto el sable, le pisoteó la cabeza y le dejó sin vida.

Para curarse la herida se refugió en Poyos; pero apenas se vió fuera de peligro, corrió á su pueblo para abrazar á su querida madre, y comenzó á inquietar á la guarnición de Aranda y á los enemigos todos, que de nuevo se pusieron en su persecución, quedando siempre burlados.

Dice el general Arteche:

«La fama de los brillantes hechos del «Empecinado» se había extendido por toda la Península; el gobierno central, lo mismo que las autoridades de las provincias, comprendieron la utilidad que podía obtenerse de un hombre que aun cuando en pequeñas operaciones, revelaba cualidades militares que debían aprovecharse en servicios de más monta.»

III

La provincia de Guadalajara, tan vejada por los franceses, y tan importante bajo el punto de vista militar, por sus comunicaciones con Aragón, necesitaba un pronto socorro, y á ella fué enviado el «Empecinado,» dando comienzo á una série de operaciones, todas ofensivas, que le permitieron la organización de fuerzas, ya considerables, y le proporcionaron la admiración de sus compañeros y el respeto de sus enemigos.

El 11 de Septiembre entró el «Empecinado» en la provincia de Guadalajara con las tres partidas que mandaba, teniendo por segundos á su primo D. Mariano de Navas y á don Segundo Antonio Verdugo.

Sin pérdida de tiempo empezó á hostigar á los franceses, manteniendo sagrientos choques con los imperiales en las mismas puertas de Guadalajara, obligándoles á encerrarse en la ciudad y en los pueblos de Fontanar y Marchamalo.

El 29 de Septiembre, perseguidos los bonapartistas por las fuerzas del «Empecinado,» se refugiaron en Casar de Salamanca, villa de 600 vecinos situada en una llanura, haciéndose fuertes en el Ayuntamiento y casas vecinas, en el cementerio y en la iglesia.

Indignado Juan Martín al ver que se negaban á combatir en campo abierto, desmintiendo su fama de valientes y de *invencibles*, mandó á su caballería que permaneciera en las afueras del pueblo y atacó al enemigo con la infantería.

Nuestros guerrilleros, llevando al frente al «Empecinado,» saltaban las tapias de los corrales, escalaban los balcones y corrían por los tejados. El sargento Abuín, que después fué general, perdió la mano izquierda al disparar el temible trabuco que llevaba; Verdugo se apoderó del cementerio; D. Vicente Sardina apagó los fuegos de los que disparaban desde las ventanas de las casas; Juan Martín estaba en todas partes, las balas pasaban silbando sobre su cabeza y las oía sonriéndose y rechazando las súplicas de su primo Navas y de sus amigos Verdugo y Sardina, que le pedían que se retirase.

El fuego duró desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, en que los imperiales se pronunciaron en retirada, dejando 70 muertos y gran número de heridos.

El intendente *afrancesado* D. José Ramón Salas logró que el intruso José enviase numerosas columnas á la provincia prometiéndole por su parte, apoderarse del «Empecinado,» á cuyo fin le preparó una emboscada que juzgó de infalible resultado.

El 12 de Noviembre, con pretexto de que las necesidades de la guerra los llamaban á otra parte, salieron de Guadalajara los imperiales anunciando que se marchaban definitivamente por serles imposible permanecer en aquella ciudad.

Apenas lo supo el «Empecinado,» se apresuró á ocuparla; tanto por su importancia estratégica, como para facilitar

á la Junta de la Provincia que andaba errante, el medio de volver á la ciudad.

A las pocas horas y cuando Juan Martín se hallaba en la plaza Mayor de Guadalajara conversando con algunos patriotas, llegó pálido y tembloroso el licenciado Anselmo Rodríguez, uno de los muchos jóvenes estudiántes, que por amor á su patria, habían abandonado el estudio por la guerra y á quien el «Empecinado» quería mucho, porque era un valiente, le servía de secretario, alegraba la guerrilla con su presencia y le distraía con sus latines, sus chistes y sus cuentos.

—¿Qué le pasa á usted señor Anselmo?—preguntó sonriendo Juan Martín.—Tiembla usted como un azogado.

—La cosa no es para menos; estamos cercados—contestó el joven estudiante.

—¿Y eso le apura á usted? ¡Cercados! ¡Vaya una desgracia! ¿Acaso es la primera vez que nos vemos en peligro?

—No por cierto; pero lo que es ahora... nos la han jugado nuestros enemigos y á pesar de nuestra habitual sagacidad hemos caído en la ratonera.

—¡Eso lo veremos!—gritó el «Empecinado,» con voz de trueno.—Donde están Juan Martín y sus guerrilleros, no hay más que leones... ¿Ha olvidado usted donde ha nacido señor licenciado?—añadió, encarándose con el joven, que al ver colérico á su jefe, temblaba más que si todos los ejércitos de Napoleón se hubieran arrojado sobre él—¿Ha olvidado usted que es español y que España tiene por armas leones y castillos? ¡Por el santo Cristo de Burgos, que si el «Empecinado» no supiera que era usted un valiente, ahora mismo le mandaba fusilar!... ¡A formar!... ¡A caballo!... ¡A mí los guerrilleros!

Juan Martín se había transfigurado: el sencillo labriego, el humilde castellano, habían cedido el puesto al hábil capitán, al valeroso soldado.

En un instante los 140 guerrilleros que entonces compo-

nían su partida, se presentaron á caballo, rodeándole, pendientes de sus labios, prontos á vencer ó morir.

—¡Abuín!

—¡Presente!—dijo adelantándose el joven Saturnino.

—Toma doce hombres, mi valiente manco, y á galope por el cementerio. Que nada te detenga. Raja y destruye á cuantos enemigos halles al paso.

—Está muy bien.

—¡Isidro!

A este grito avanzó algunos pasos un joven de veinticinco años, de aspecto resuelto y varonil, mostrando en todos sus movimientos ciertos hábitos militares.

—Parte con otros doce, y ábrete paso por el portillo del Alamín...

—Así lo haré.

—¡Mondedeu!

—A la orden—respondió otro joven acercándose al «Empecinado».

—Es necesario que al frente de otros veinte hombres, busques salida por la Antigua...

—La buscaré y la encontraré—contestó el joven con firme acento.

—Mi primo Navas y Verdugo, al frente de los suyos, que salgan por el Amparo y la puerta de Zaragoza.

—¡Saldremos!—respondieron los dos.

—Vicente Sardina, y usted, señor licenciado, conmigo, á escape hacia el puente... El punto de reunión será el monte de la Alcarria... ¡Coger al «Empecinado» y á sus leones!... ¡Antes la muerte!... ¿No es verdad muchachos?

—¡Sí, sí!—gritaron unos.

—¡Antes la muerte!—exclamaron otros.

—«¡Empecinados!»—gritó Juan Martín con acento ronco; —la rienda suelta, el sable entre los dientes, la pistola en la diestra y el corazón tranquilo... ¡Adelante!... ¡Sus, Santiago y libertad!

—¡Santiago y libertad!—contestaron todos con el mayor entusiasmo.

Los empecinados, con sus jefes á la cabeza, se encaminaron á los puntos que Juan Martín les había designado; al dar vista á los franceses se lanzaron sobre ellos como leones y después de una corta pero sangrienta lucha, á tiros y sablazos, se abrieron paso por entre las filas de los imperiales, que los miraban con espanto, como á uno de esos vientos terribles del Asia que destruyen cuanto encuentran á su paso.



COMBATE EN LAS CERCANÍAS DE GUADALAJARA

¡Tal fué la sorpresa y el terror de los franceses, que, á pesar de su extraordinario número (2.500 hombres de infantería y caballería), no intentaron siquiera perseguir á los guerrilleros.

Dos horas después se juntaban aquellos valientes en el punto de cita ó sea en el monte llamado de la Alcarria, sin haber sufrido más pérdidas que siete guerrilleros muertos y seis aprisionados, á quienes conservaron la vida, por el buen comportamiento de Juan Martín para con los prisioneros franceses.

IV

El intendente afrancesado de Guadalajara, escribió á Juan Martín exhortándole á entrar al servicio del rey intruso y ofreciéndole en su nombre protección para su familia, todos los grados y honores de que gozaba y los ascensos proporcionados á los servicios que prestase.

A esta carta, que contenía un salvo conducto del gobernador militar de Madrid, general Belliard, contestó el «Em-



LOS GUERRILLEROS DERROTAN Á LOS SAQUEADORES
DE SIGÜENZA

pecinado» rechazando todo género de ofertas y jurando una vez más sacrificar su vida en aras de la independenciam de su patria, antes que aceptar mercedes y favores de sus enemigos.

En vista de su patriótica actitud, mandó el intendente Salas una columna de 300 hombres de infantería y caballería para saquear á Sigüenza y su partido. Trató de impedirlo el «Empecinado»; pero reforzada dicha columna hasta el punto de contar 500 infantes y 250 caballos, se retiró con ánimo de sorprenderla y atacarla cuando regresase des-

pués de haber realizado su proyecto. Poco después cuando volvía con el producto de su rapiña, conduciendo sacos de trigo y otros efectos que habían robado, principalmente en Sigüenza, salió el «Empecinado» á su encuentro con 180 ginetes y 150 infantes al mando del valiente cura D. Juan Tapia y unos 100 escopeteros de la provincia, logrando, después de un rudo ataque, que el enemigo abandonara la presa, no sin perder en el combate la mitad de su gente entre muertos y heridos.

En aquella acción pereció el bizarro Navas, primo de D. Juan Martín.

V

Atraídos por la fama del valiente guerrillero, llegaban en su busca muchos soldados dispersos y paisanos patriotas con los cuales formó dos batallones á los que tituló *Tiradores de Sigüenza* y *Voluntarios de Guadalajara*, al mando de D. Nicolás de Isidro y D. Jerónimo Luzón. Además aumentó su caballería y la dividió en escuadrones que puso á las órdenes de D. José Mondedeu, D. Vicente Sardina y D. Saturnino Abuin.

Considerando los franceses de absoluta necesidad destruir al «Empecinado,» confiaron esta misión al célebre general Hugo, padre del famoso poeta, quien ya se había distinguido en operaciones análogas, durante su permanencia en los Abruzzos (Italia). Fué, pues, nombrado Gobernador de Guadalajara, á cuya provincia se dirigió con 3.000 hombres de infantería y caballería, 12 piezas de artillería ligera y algunas contra-guerrillas formadas por españoles afrancesados, la mayoría de los cuales se pasaron á las filas de nuestro héroe.

Hugo dejó el 29 de Junio una guarnición de 1.200 hombres con dos cañones en Brihuega y otras fuerzas importantes en Sigüenza y en Torrelaguna. D. Juan Martín las atacó

diversas veces, obligándolas á no salir de sus madrigueras. Hugo aumentaba ó disminuía las fuerzas de aquellos cantones y las hacía avanzar ó retroceder, pensando engañar al «Empecinado,» quien amoldando su conducta á la del general francés, no caía en el lazo que éste pretendía tenderle, y por el contrario, en diversas ocasiones, merced á sus rápidas marchas y contramarchas, sorprendió á las tropas de Guadalajara y alarmó á las que defendían á Madrid, pues en una de sus atrevidas correrías llegó con unos cuantos guerrilleros á penetrar en la Casa de Campo, á donde el rey intruso iba con frecuencia.

Al retirarse, sorprendió á la guarnición de Torrelaguna, derrotó la caballería enemiga que había salido á coger víveres en Cifuentes, y atacó en Mirabueno á la columna que volvía de relevar á la guarnición de Sigüenza, causándola 120 bajas y apoderándose de 100 caballos.

VI

Tan temible llegó á ser el «Empecinado», que los franceses, no pudiendo atraerlo á su partido, emplearon el inicuo medio de envenenarle, sin poder conseguirlo, gracias á la robusta naturaleza del guerrillero.

Habiendo fracasado este infame intento, procuraron introducir la discordia entre los gerrilleros; pero también fué inútil este propósito, pues aunque en efecto hubo un momento en que pudo creerse que lucharían entre sí las huestes del «Empecinado,» pudo conjurar el conflicto con su gran prestigio y el recto espíritu de justicia que le animaba.

El general Hugo, á quien Juan Martín había causado grandes pérdidas, se vió obligado á pedir refuerzos á la capital. Se los envió el general Belliard, gobernador de Madrid, y el 7 de Diciembre de 1810, se dirigió á la villa de Henares con una columna de 2.500 infantes, 400 caballos y dos obuses, resuelto á apoderarse del «Empecinado,» mas

antes, no seguro todavía, resolvió apelar al soborno, escribiéndole una carta en la que le excitaba á entrar al servicio del rey intruso con todos sus oficiales y soldados: el «Empecinado» la contestó desde Cogolludo el 8 de Diciembre, en estos términos:

«No os fatiguedis en tratar de apartarme de mi honroso empeño; y tened entendido que si sólo quedara un soldado mío, aún no se habría acabado la guerra, porque todos ellos á imitación de su jefe, han jurado guerra eterna á Napoleón y á los viles esclavos que le siguen.

»Podeis decir á vuestro rey y á todos vuestros hermanos, que el «Empecinado» y sus tropas morirán en defensa de su patria, porque jamás podrán unirse á unos hombres envilecidos, sin honor, sin fe y sin religión.

»Me hareis el favor, para en adelante, de suprimir toda correspondencia.»

El «Empecinado,» que acudió en socorro de la guarnición de Soria, al saber que el general Hugo le buscaba, regresó á Cogolludo, trabando un sangriento combate; pero tuvo que retirarse por la superioridad de las tropas enemigas.

El general francés, viendo las tropas aspeadas y muertas de fatiga, y con pérdidas de la tercera parte de sus fuerzas, desistió de perseguirle y se guareció en Guadalajara.

Aquella campaña en que el «Empecinado,» ora aparecía á la vista de Madrid, ora por el flanco se corría á Burgos, ora por retaguardia se mostraba en Soria ó Cuenca, ya dispersaba su gente en una provincia para reunirla en otra á las pocas horas, acabaron de acreditar su fama de hábil capitán y estratégico soldado.

Sirviéronle de poco al general Hugo, que se había jactado ante el intruso rey José Bonaparte de acabar en un plazo brevísimo con Juan Martín, ni la diligencia, ni el valor, ni el veneno, ni la traición, y tan grande como el triunfo del «Empecinado,» fué desastrosa aquella campaña para la fama del general francés.

VII

Al terminar el año 1810, el ejército imperial ascendía á 300.000 hombres, y el español apenas llegaba á 170.000; y sin embargo, Galicia, Valencia, las Castillas, las Vascongadas, Navarra y la Rioja, sin otra defensa que los guerrilleros, resistían denodadamente. En Cataluña, el pan que comían los soldados franceses lo amasaban con su sangre, y las poblaciones que tenían ocupadas no podía asegurarse que las poseían, pues el ejército y los guerrilleros no les permitían una hora de sueño, ni un instante de reposo.

El general Hugo consignó en sus memorias, algunos años después, lo que vamos á copiar:

«Tal era la pasmosa actividad del «Empecinado,» tal la resolución y aumento de sus fuerzas, tales los abundantes socorros que de todas partes le suministraban, que me veía forzado á ejecutar continuos movimientos.

»Para la completa conquista de la Península, se necesitaba acabar con las guerrillas. Pero su destrucción recordaba la imagen de la hidra fabulosa.»

A fin de poder armar y vestir á sus voluntarios, que carecían hasta de lo más preciso, D. Juan Martín dirigió el 8 de Enero de 1811 desde Sigüenza una invitación á todos los buenos patricios de España y América, en demanda de auxilios para equipar á los 800 jóvenes que se le habían presentado para formar el batallón de *Voluntarios de Madrid*.

Imposible pintar el entusiasmo que en todas partes despertó la sentida invitación del «Empecinado;» pero más especialmente en Cádiz, residencia de la Regencia y de las Cortes, refugio de todos los buenos españoles y centro de la inteligencia y del patriotismo,

Aquella culta y liberal ciudad había abierto meses antes una suscripción con el nombre de *don patriótico* para proveer de vestuario, montura y armamento al cuerpo de 300 caballos que mandaba el «Empecinado».

Apenas iniciada la suscripción, comenzó á cubrirse de nombres de todas las clases sociales: el Cardenal de Borbón, las condesas de Chinchón y Lerena, sacerdotes, patriotas, etc.; en Méjico se reunieron 43.038 pesos; de todas partes llegaban donativos.

Cumpliendo las órdenes de sus jefes, marchó D. Juan Martín con 400 caballos en auxilio de Tarragona, sitiada entonces por el mariscal Suchet, realizando el viaje por Teruel á Valencia, á fin de hacer la travesía por mar, embarcándose en el puerto del Grao con ánimo de desembarcar en el de Tarragona.

Su entrada en Valencia causó extraordinario júbilo.

Habiendo llegado al puerto de Alicante 1.000 fusiles con sus bayonetas para la división de D. Juan Martín, los patrones de las lanchas y los marineros encargados de su desembarco, se negaron á cobrar nada, exclamando:

«Esto y mucho más merecen el «Empecinado» y sus valientes.»

Como quiera que durante su viaje el general Hugo penetró en varios pueblos saqueándolos é incendiándolos, don Juan Martín recibió contraorden para regresar á Guadalajara, y apenas llegó, en unión del general Villacampa atacó á la guarnición de Auñón; y á pesar de la oposición de la Junta y el intendente de Guadalajara, consiguió la creación del batallón «Voluntarios de Madrid», llevándolo á Cuenca, cuya Junta y Cabildo eclesiástico le racionaron y proporcionaron algunas prendas de vestir.

El intruso José, ofendido por la negativa del «Empecinado» á prestarle acatamiento, y atemorizado por al aumento de las fuerzas de éste y por sus gloriosos hechos de armas, ordenó á Belliard que por todos los medios acabase con

aquel hombre tan temible, y al efecto dispuso que cuatro columnas de á 2.500 hombres cada una, concurriesen á la empresa por Guadalajara, Tarancón, Sierra de Molina, Soria y Aranda, formando círculo. En el centro colocó otra columna numerosa al mando del general Hugo, y en



VOLUNTARIO DE MADRID

Madrid situó otra de 3.000 hombres para acudir donde fuese necesario.

¿Podría escapar nuestro héroe á tan grave peligro?

En veinte días el «Empecinado» batió á los franceses en la provincia de Guadalajara, en la de Madrid y en la de Segovia.

via, causándoles 200 bajas, aspeando á los jinetes, reventando á los caballos, produciendo la desercion á cientos, libertando á cuantos prisioneros le habían hecho, apoderándose de varios convoyes, y todo ello á costa de ¡cuarenta hombres que tuvo de pérdida! ¿Cómo extrañar que el general Belliard, al saber el fracaso de sus planes, exclamase:

—Es imposible acabar con el «Empecinado».

VIII

El 11 de Mayo recibió una orden de la Regencia autorizándole para reunir hasta 10.000 hombres en la provincia de Madrid y Castilla la Vieja, orden que se apresuró á cumplir, porque una de las principales cualidades de don Juan Martín era el respeto y la sumisión á sus superiores.

Pronto declaró el gobierno que las tropas mandadas por el brigadier D. Juan Martín, á las que se enviaron tres piezas de artillería, componían la quinta división del segundo ejército.

Sabedor el «Empecinado,» á la sazón gravemente enfermo, de que los franceses iban contra Cuenca, deseoso de pagar á sus hijos lo mucho que les debía, corrió en su auxilio y con sólo un puñado de hombres, esperó al enemigo, deteniéndolo el tiempo necesario para que los habitantes ocultasen su dinero y alhajas. Después envió el batallón *Voluntarios de Madrid* contra la guarnición de Molina, logrando hacerla prisionera, excepción de cien soldados que se refugiaron en el castillo con la artillería.

El 15 de Septiembre recibió la orden del general en jefe del ejército de Valencia D. Joaquín Blake, de pasar á Aragón y distraer fuerzas enemigas, de las que destinaban los franceses á Suchet para el sitio de Valencia, combinando sus disposiciones con las del brigadier Durán, que debía operar sobre Zaragoza al mismo tiempo que él sobre Calatayud.

Apenas llegó á las cercanías de Calatayud, hizo un reconocimiento sobre esta ciudad, en la que había 1.000 franceses de guarnición, y á la cabeza de los *Voluntarios de Madrid* desalojó á los franceses de un elevado cerro que ocupaban, obligándolos á encerrarse en el convento de la Merced, convertido por ellos en cuartel y fortaleza. Con una avanzada que había colocado para observar las avenidas de Zaragoza, sitió y rindió el destacamento del Frasnó, aprisionando á los 50 hombres que lo componían. Al siguiente día atacó á una columna de 1.500 imperiales, que acudía en auxilio de los sitiados, y el 4 de Octubre, gracias á las minas por él mismo construídas, logró que se rindiesen los bonapartistas encerrados en la Merced. En suma: los franceses perdieron en aquellos primeros encuentros más de 1.300 hombres.

Mantuvo sitiadas á las guarniciones francesas de Molina, La Almunia y Daroca; atacó en el paso de Altamén á 80 polacos, todos los cuales fueron muertos ó prisioneros; obligó á capitular á la guarnición de La Almunia, compuesta de 150 hombres; el 7 y el 20 de Noviembre libró dos acciones generales en los campos de la Almunia y en las llanuras de Mainar, y en los días 13 y 17 de Diciembre en Alagón y en Borja, causando á los imperiales pérdidas enormes.

A solicitud de las Justicias, reunió una porción de desertores, formando con ellos un batallón que armó con las armas cogidas á los enemigos, titulándole *Voluntarios de Aragón*, y con el cual salió contra la guarnición de Tarazona el 18 de Diciembre. Cargado por fuerzas considerables, emprendió D. Juan Martín una tan hábil retirada por Agreda y Deza, que en ella solo perdió un hombre, causando la admiración de los imperiales, que llamaron á su estancia en Aragón *Campaña del Empecinado*, por sus repetidos y gloriosos triunfos.

Unidas sus fuerzas á las de la provincia de Soria, fué nombrado para comandarlas el conde de Montijo, con cuya

licencia pasó D. Juan Martín á la provincia de Guadalajara, para restablecer su quebrantada salud, quedando sus fuerzas al mando del coronel D. Jerónimo Luzón.

Mejorado de su dolencia, no tardó en volver á campaña batiendo á los franceses en Mirabueno y Sigüenza, ciudad que se distinguió siempre por su cariño á los empecinados, por lo cual el noble D. Juan Martín la llamaba «su amparo y su cuartel general».

Cogido por el enemigo en una emboscada, antes que caer en su poder prefirió arrojarle por un despeñadero, ante el cual se detuvieron horrorizados sus perseguidores, juzgando que en él se había sepultado nuestro héroe. Pero recogido por un molinero que le tuvo varios días en su casa, curándole de sus graves heridas, pudo salvar la vida y pasó la convalecencia escondido en pueblos y casas de campo, siempre perseguido por los enemigos, que sabedores de su apurada situación, trataban de impedir su restablecimiento y sobre todo el envío de sus órdenes á los guerrilleros, órdenes por las cuales el 24 de Febrero de 1812 aprisionó el bizarro Mondedeu á la mitad de la guarnición de Cogolludo, no pudiendo apoderarse de todos los que la formaban porque huyeron en gran parte al saber que D. Juan Martín había vuelto á campaña.

Viendo el estado mísero del país por las necesidades de la guerra y la falta de cosechas, dispuso el «Empecinado» que los guerrilleros fueran á buscar víveres á los almacenes que los franceses tenían en Torija.

El 9 de Mayo tomó la ciudad de Cuenca á viva fuerza, obligando á los bonapartistas á encerrarse en la Casa-fortaleza de la Inquisición y en el hospital de Santiago, después de dejar las calles cubiertas de cadáveres, entre ellos el barón Hugo-Nardou. En aquella acción una bala de fusil atravesó un muslo al hermano del «Empecinado» D. Antonio Martín, que mandaba el regimiento de *Cazadores de Madrid*.

Como una prueba del cariño que el «Empecinado» profesaba á sus guerrilleros, recordaremos que en aquél combate cuatro dragones franceses se llevaban prisionero á un trompeta de la guerrilla, el cual le gritó desde lejos:

—¡Mi general, van á matarme! ¡socorro!



EL EMPECINADO

Al oír sus voces se lanzó Juan Martín como un rayo sobre los dragones, que sorprendidos y amedrentados huyeron dejando su presa; pero tres oficiales conocieron al «Empecinado» y trataron de cerrarle el paso. Al primero le atravesó de un sablazo, y los otros dos se apresuraron á escapar.

IX

Siempre activo y siempre vigilante, mantuvo encerradas las guarniciones francesas en sus acantonamientos librando de este modo los pueblos de las crueldades y rapiñas de los invasores.

Apenas restablecido de una grave herida en el pecho que recibió en el combate de la Cabrera, salió contra los destacamentos franceses de Arganda, Villarejo, Fuentidueña y Tarancón.

Al saber la victoria de los Arapiles y la huida de Madrid de el rey intruso, mandó á sus infantes á cercar á Guadalajara, para que no pudiera escapar su guarnición compuesta de 800 hombres; mientras que él, al frente de la caballería, se dirigió á Madrid, en donde entró acuchillando á un escuadrón francés hasta cerca de la Puerta del Sol.

Pero hasta el 12 de Agosto no hizo su entrada triunfal en la Corte con Lord Wellington, los generales españoles Alava y España, el portugués Sylveira y los célebres guerrilleros Palarea, Abad y Hernández.

Los habitantes de la capital, libres de los franceses, protegidos por los ejércitos inglés, portugués y español, y teniendo en su recinto á sus valientes y queridos guerrilleros, se entregaron á la mayor alegría, pareciendo todos una sola familia.

Dos días después salió de Madrid el «Empecinado,» con orden de desalojar de Guadalajara á la guarnición francesa. Al llegar, intimó al jefe de ella la rendición; pero el general Preux que la mandaba, se negó, diciendo que sólo se rendiría á Lord Wellington. El duque de Ciudad-Rodrigo le manifestó que si no se entregaba á D. Juan Martín y á sus guerrilleros, le haría pasar á cuchillo con todos sus soldados, amenaza ante la cual se rindió, y el «Empecinado» penetró en Guadalajara, en aquella ciudad que los fran-

ceses habían poseído durante tres años, seguido de sus heroicos y sufridos guerrilleros.

X

Comenzado el movimiento de avance de las divisiones francesas contra el ejército aliado, nuestros guerrilleros procuraron detenerlas cuanto les fué posible con diarios combates, heroicas acciones y constantes sacrificios.

En Octubre y Noviembre el «Empecinado» y Durán no cesaron de maniobrar por la derecha del Ebro, poniendo en grave aprieto á la guarnición del castillo de Daroca y al general Severoli y su división, favoreciendo grandemente á Soria y á Navarra.

Habiéndosele ordenado que volviese á Guadalajara y provincias limítrofes, dirigió la infantería hacia el primer punto, y situó la caballería en Vallecas y Vicálvaro, teniendo en constante alarma á los invasores.

Al regresar los franceses á Madrid (3 de Diciembre), se retiró D. Juan Martín á la vista de ellos por Torrelaguna y Humanes, encaminándose á Sigüenza, desde cuyo punto siguió protegiendo á los pueblos y luchando contra los imperiales.

El 29 de Enero de 1813 salía el «Empecinado» de Casa Uceda para reunirse con la mayor parte de su división, que había enviado en auxilio de varios pueblos de la provincia de Segovia, cuando supo que en el pueblo de Valdepiélagos se hallaban cien caballos de la Guardia real del intruso, y á pesar de la larga jornada que había hecho, marchó en su busca con algunos jinetes de Húsares de Guadalajara y Cazadores de Madrid, cargándoles sable en mano. En esta acción hizo 70 muertos al enemigo y le cogió 14 prisioneros.

Sabedor de que el batallón Voluntarios de Madrid, que había dejado en Guadalajara, había sido sorprendido en Medinaceli por los bonapartistas y aprisionados en su ma-

yoría, corrió á salvarlo, á pesar de no contar con fuerzas para ello; y encontrando al enemigo en Hinojosa (3 de Febrero), le atacó con el mayor brío, causándole una pérdida de 400 hombres entre muertos y heridos; libertó á muchos de los Voluntarios de Madrid, y se apoderó de los víveres. En lo más recio del combate le mataron el caballo y continuó batiéndose á pie y á pecho descubierto.

Después de varias marchas y contramarchas, que obligaron á los franceses á mantenerse encerrados en los pueblos que ocupaban, se retiró á Sigüenza para dar á sus guerrilleros algunos días de descanso.

XI

Llegamos al momento en que el «Empecinado» con sus bizarras huestes ejecutó uno de los más brillantes actos de su admirable historia. Aludimos á la defensa de Alcalá de Henares el día 22 de Mayo de 1813, que describió el Racionero y Director de las Sagradas Ceremonias de aquella Catedral en el sermón de gracias que predicó después de conseguido el triunfo

«Nosotros—dijo—dormíamos descuidados, y los enemigos se acercaron á favor de las traidoras sombras y se introdujeron en la ciudad antes de la luz.

»Pero el «Empecinado» no dormía: el guerrero libertador de Alcalá velaba para su defensa. Sus centinelas le avisan la llegada de duplicadas fuerzas, y su respuesta es apercibirse para luchar. Deja la ciudad en el momento en que la ocupan los enemigos.

»Mientras ellos se creen dueños de Alcalá, él va á defenderla, tomando posiciones ventajosas sobre el puente de *Henares*, y distribuyendo por los campos el corto número de sus tropas. En vano los franceses atacaron el puente, tan arduosamente defendido; inútilmente emplearon la artillería para desalojar de él á los empecinados, porque

cada uno de ellos hace con su pecho un muro de carne, y eso que son 3.000 franceses contra un batallón español.

»Los nuestros en vez de retroceder, avanzan, se introducen en las llanuras y después de quitarles las alamedas, los imperiales espantados, emprenden la fuga, desamparando Alcalá y los campos del *Henares*.»

Para conmemorar tan gloriosa acción, dispuso el Ayuntamiento de Alcalá colocar una pirámide en el lugar de la



DEFENSA DE ALCALÁ DE HENARES

batalla, consignando la bravura del «Empecinado» y el reconocimiento de la ciudad.

Informado D. Juan Martín á fines de Mayo de que el rey y sus legiones se disponían á evacuar la capital, puso en movimiento todas sus fuerzas de infantería y caballería, conduciéndolas hasta las Ventas del Espíritu-Santo primero, y luego hasta el Puerto de Guadarrama, en persecución de los imperiales.

Ganada la memorable batalla de Vitoria, que dió por resultado la salida de España del rey intruso, el «Empecinado»

y sus guerrilleros, cediendo á las súplicas del Ayuntamiento de Madrid, entraron en la capital cubriendo la carrera durante la procesión del *Corpus*, que aquél año se celebró con la mayor solemnidad.

A instancias suyas, Lord Wellington le ordenó marchar á unirse con el segundo ejército en las cercanías de Tortosa, llegando á los puntos designados el 21 de Septiembre con las siguientes fuerzas:

Infantería: *Tiradores de Sigüenza, Tiradores de Guadaluajara, Voluntarios de Madrid y Tiradores de Cuenca.*

Caballería: *Húsares de Guadaluajara y Cazadores de Madrid.*

Artillería: Un obús y dos cañones de á cuatro, con sus correspondientes mulas y carros de municiones.

En total: 4.000 infantes, 850 caballos y 50 artilleros.

¡Tales eran las fuerzas que había reunido y organizado Juan Martín, que en el mes de Abril de 1808 salió á campaña con un niño de 16 años y un convecino suyo!

Las huestes del «Empecinado» eran acogidas en todas partes con el mayor cariño y el más grande entusiasmo, y Juan Martín considerado como el héroe más genuinamente popular, y todas las poblaciones por donde pasaban, las obsequiaban á porfía. En Zaragoza, la ciudad de los valientes, causó la presencia de los empecinados un júbilo tan imponderable, que todos los vecinos se disputaron el honor de albergarlos en sus casas.

Encargado con su división de estrechar el bloqueo puesto por nuestras tropas á la guarnición francesa de la Plaza de Tortosa, D. Juan Martín y sus guerrilleros demostraron en las orillas del Ebro y á la terminación de la gloriosa guerra de la Independencia, que eran los mismos valerosos soldados que durante seis largos años habían mantenido la porfiada y sangrienta lucha.

Desde que salió á campaña, fué un padre para los desdichados labradores y un protector de las miserables poblacio-

nes contra la rapacidad de los franceses. Jamás impuso contribuciones á los pueblos, y si alguna vez les exigió bagajes, fué para los heridos ó enfermos. Mantuvo la más severa disciplina entre sus guerrilleros, á los que consideraba como hijos; y en vestuario, raciones y armamento, aceptó lo que el gobierno, los particulares y los pueblos voluntariamente le suministraron.

Don Juan Martín era el primero en la batalla, ocupando siempre los puestos de mayor peligro y animando á sus guerrilleros con el ejemplo.

De corazón sensible, ni fusiló á los enemigos más que en contados casos extremos, ni tampoco aplicó la pena de muerte á los españoles *afrancesados*.

Para él todo prisionero era sagrado.

No molestaba á sus tropas sin necesidad, pero tampoco las mantenía ociosas.

Los fondos del Estado, como los de los particulares, fueron escrupulosamente respetados por D. Juan Martín.

Habiendo salvado á los alcaldes de Poyos, Buendía y Jandraque, que llevaban dinero y plata labrada á los franceses, en pago de la contribución que les habían impuesto; el «Empecinado,» á quien quisieron entregar aquellos recursos, se los devolvió, ordenando que los restituyeran á sus dueños; y para que no incurrieran en las iras del enemigo, les firmó un documento á fin de que pudieran acreditar en todo tiempo ante los imperiales que él se había apoderado de todo por la fuerza.

Con los soldados extranjeros, prisioneros ó pasados á sus banderas, formó una compañía titulada de *flanqueadores* con objeto de desmentir la calumnia de que los fusilaba, logrando así muchísimas deserciones en el campo enemigo.

Tan estimado y querido fué D. Juan Martín de los generales españoles, como admirado por lord Wellington, y los franceses Belliard, Hugo y Suchet.

Exento de orgullo, de vanidad y de ambición, sus hechos fueron su mejor historia.

En los dos años que operó en Guadalajara y Cuenca, pasaron de ciento las acciones que riñó con los enemigos de la patria.

Se citan de él algunas anécdotas que vamos á recordar.

Al regresar Fernando VII á España, se presentó nuestro héroe á felicitarle. Miraba Juan Martín con sorpresa á los cortesanos y el monarca para desconcertar su ruda franqueza, le dijo sonriéndose con aire burlón:

—Estos son los grandes de mi Corte. Supongo que no conocerás á ninguno.

—Con efecto, señor—respondió el heroico militar con acento sereno:—á ninguno de estos señores conozco, porque no los he visto tomar parte en la campaña que felizmente ha terminado.

Para obsequiarle, dió una función en su honor la compañía del teatro del Príncipe, representando el drama de don Dionisio Solís *Misanropía y arrepentimiento*.

Terminada la representación, el gran actor Isidoro Maíquez subió al palco donde estaba el famoso guerrillero, y le preguntó si le había gustado el drama.

—Sí—respondió D. Juan Martín,—he pasado muy bien el rato; aunque á decir verdad—añadió volviéndose á sus oficiales y arrugando el ceño—son mejores otras funciones, como *El Triunfo del Ave María*, *Carlos V sobre Túnez* ó *Bernardo del Carpio*; porque... ¡caracoles! en esas comedias es donde se ve á los hombres de empuje.

Según el célebre orador y hombre político D. Salustiano Olózaga, la palabra *empecinado* fué sinónimo de gran patriota, de hombre dispuesto á sacrificarlo todo por la independencia y la libertad de España. Llamar á uno *empecinado*, era el mayor elogio que en el lenguaje de aquel tiempo se podía hacer del que más se distinguía en el servicio de la causa de la nación.

— *Aquí todos somos empeñados*, decían los habitantes de los pueblos que se negaban á capitular con los franceses.

¿En qué país, en qué época, antigua ni moderna, se ha visto que el entusiasmo popular confunda el nombre de su propia nacionalidad con el apodo de un ciudadano?

¡Honor singular y el más alto que en vida puede alcanzar el más digno y afortunado!

El fin del ilustre guerrillero fué tristemente desastroso; pero nuestro propósito al publicar estas narraciones es sólo referir los hechos que engrandecen á la patria, no los que recuerdan las deplorables luchas civiles.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.



GLORIAS DE ESPAÑA

LECTURAS PATRIÓTICAS

El objeto de esta publicación periódico-semanal, es recordar por medio de narraciones verídicas, sencillas y al alcance de todos, los episodios más gloriosos de la Historia de España.

Cada tomito, de 32 á 40 páginas, constituirá la narración de un acto heroico colectivo ó de las hazañas y proezas de un personaje histórico, que sean dignos de admiración.

La colección completa formará una galería de lo más noble, bello y grandioso de la Historia de nuestra patria.

NARRACIONES PUBLICADAS

Núm. 1. El combate del Callao.—Núm. 2. La Virgen del Pilar dice... (PRIMER SITIO DE ZARAGOZA).—Núm. 3. El alcalde de Móstoles.—Número 4. Heroísmo aragonés (SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA).—Número 5. La batalla de Lepanto.—Núm. 6. Los somatenes del Bruch.—Núm. 7. La batalla de Bailén.—Núm. 8. María Pita. (DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1588).—Núm. 9. El sitio de Gerona.—Número 10. Una derrota gloriosa (TRAFALGAR).—Núm. 11. Batalla de los Castillejos. (EPISODIOS DE LA GUERRA DE AFRICA).—Núm. 12. ¡Que viene el Drake! (DEFENSA DE PUERTO RICO).—Núm. 13. ¡La de San Quintín!—Núm. 14.—El general pierna de palo.—Núm. 15.—El primer guerrillero (JUAN MARTÍN EL EMPECINADO)

EL PRÓXIMO TOMO DE

Glorias de España

se publicará el día 4 de Septiembre

PRECIO DE CADA TOMITO

En la Península: 10 CÉNTIMOS

EN AMÉRICA FIJAN EL PRECIO LOS CORRESPONSALES.—EN LOS PUNTOS DONDE NO HAYA CENTRO DE SUSCRIPCIÓN, LIBRERÍAS Ó VENDEDORES DE PERIÓDICOS, LAS PERSONAS QUE DESEEN ADQUIRIR LOS CUADERNOS PUBLICADOS, ENVIARÁN 10 CÉNTIMOS POR CADA UNO EN LIBRANZAS, Ó SELLOS DE CORREOS EN CARTA CERTIFICADA, AL ADMINISTRADOR DE «LA ÚLTIMA MODA», CALLE DE VELÁZQUEZ, 56. APARTADO 24, MADRID.

Las GLORIAS DE ESPAÑA alternan semanalmente con las obras de la BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA.